Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



La guerra de la independencia (1)

Jean-René Aymes

20

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-36427-1996

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Historia 16

Indice



La carga de los mamelucos, por Goya, Madrid, Museo del Prado (portada)
Los fusilamientos del 3 de mayo, por Goya, Madrid, Museo del Prado (izquierda)



Malasaña y su hija luchan contra un soldado francés en las calles de Madrid, 1808 (por E. Alvárez Dumont)

Los preludios

Jean-René Aymes
Historiador. Universidad de Caen, Francia

Los historiadores demasiado propensos a privilegiar en sus estudios los aspectos psicológicos suelen atribuir, por lo menos parcialmente, la expedición a España al autoritarismo orgulloso de Napoleón. La paz de Tilsit (7 de julio de 1807) por la cual el zar y el emperador se repartían Oriente y Occidente, proporcionaba a Napoleón la oportunidad de saciar su desenfrenada ambición, según expresión de Talleyrand.

Situada al extremo de la Europa occidental, la Península Ibérica se ofrece como una presa tanto más codiciada cuanto que su dominación permitiría a los franceses combatir allí a los ingleses, aliados de los portugueses.

Pero una guerra abierta contra España, que a lo largo del siglo XVIII ha permanecido al lado de Francia, salvo durante el conflicto con la Convención (1793-1795), no presenta carácter obligatorio alguno. Si se tratara de completar el bloqueo continental, el mero envío pacífico de barcos franceses a los puertos españoles tendría una justificación, con tal de que ese envío sólo tendiese a impedir el comercio con Inglaterra.

El volumen de los intercambios comerciales franco-españoles no es cuantioso, pero el apetito de los industriales y negociantes del norte de los Pirineos se ve agudizado, porque temen la competencia de los ingleses, impacientes por implantarse en España como ya lo hicieran en Portugal. Quizá prestó oído Napoleón a los fabricantes de paños galos que, preocupados por asegurar el abastecimiento de sus manufacturas, quisieran que los ganaderos españoles les vendieran la totalidad de la lana de sus ovejas merinas, y que los terratenientes andaluces y levantinos cultivaran una de las variedades de algodón que ellos necesitaban. Pero hay que advertir una vez más que esta voluntad francesa de ejercer presión sobre el Gobierno de Madrid para que éste modifique su política, en particular económica, no lleva infaliblemente a un *casus belli*. Una cosa es querer hacer de España una aliada dócil, y otra es declararle la guerra con intenciones de conquista o anexión.

De momento, España sigue siendo aliada de Francia. Lo es desde que un Borbón español, Carlos III, concluyó el Pacto de Familia con Luis XV en agosto de 1761. Esa alianza ya le había costado a España dos guerras con Inglaterra, en 1762-1763 y en 1779-1783. Le permitieron recuperar la Florida y Menorca, pero también provocaron importantes pérdidas financieras. Más tarde esta alianza con Francia se volvería catastrófica para España: en 1805, junto al cabo de Trafalgar, perdió gran parte de su armada. Ese debilitamiento militar se acompaña, además, de una crisis en los ámbitos político y económico. A Carlos III, que había sabido rodearse de ministros ilustrados, ha sucedido Carlos IV, monarca indudablemente honrado y bienintencionado, pero demasiado débil para emprender la necesaria obra de regeneración nacional.

Además, ese monarca poco agraciado —Goya no se ha mostrado nada indulgente con él— es culpable de conservar a su lado, no a un ministro íntegro y admirado, sino a un valido odiado por los españoles. Manuel Godoy, ex guardia de corps, ha sido nombrado sucesivamente teniente-general, duque de Alcudia y príncipe de la Paz al cabo de la guerra (perdida) contra Francia en 1795. Los españoles le echan menos en cara el ser el amante de la reina que el ser el árbitro del destino del país, con los atropellos y errores que supone el ejercicio de un poder desmedido. Pero en el juego napoleónico, Godoy, flexible y fascinado por el

emperador, conviene mejor que Fernando, el futuro heredero de la Corona, cuya popularidad va en aumento conforme se hacen notorias sus tirantes relaciones —engendradas por los celos, el desprecio y la desconfianza— con el omnipotente ministro.

La lastimosa situación en la que se halla la familia real favorece el juego de Napoleón. Cuando a principios de mayo de 1808 se acerque al *cuarteto español* (Carlos IV, María Luisa, Fernando y Godoy), se hará una opinión definitiva. Y —desgraciadamente para todos— su elección, inspirada por impresiones, prejuicios y malas informaciones, le llevará a alejarse del príncipe de Asturias, que cuenta con el creciente apoyo de la población. Mientras que Godoy le inspira una lástima despectiva, su antipatía por Fernando sube de tono. Observando de cerca a estos dos personajes, se convence de que no puede contar con ninguno de ellos. Ello le conducirá a eliminar a los Borbones, para instalar en el trono español a algún aliado seguro, perteneciente o no a su propia familia.

Pero no cabe pensar que Napoleón haya fraguado ese proyecto desde hace mucho tiempo. Por el contrario, predomina la impresión de que la empresa española sólo se perfila con precisión a finales de 1807. Con todo, no es absurdo contemplarla también como la conclusión lógica de una larga evolución: en 1801, Napoleón no había podido conseguir de España que ocupara Portugal; en 1803, fracasa en su intento de arrastrarla a una guerra contra Inglaterra; en 1805, una rotunda derrota militar viene a subrayar el carácter negativo de esta alianza. Por otra parte, Napoleón desconoce totalmente la mentalidad de los españoles y los recursos potenciales del país. Esa ignorancia ha de acharcarse a los representantes galos en Madrid, cuyas informaciones son adulteradas por la ceguera o la impericia. Además, sus consejeros —Talleyrand, Muray, Berthier— le incitan a tomar decisiones arriesgadas.

El motín de Aranjuez

En general, su política española, a pesar de la extraordinaria importancia de los objetivos, siempre quedará supeditada a otras: Italia, Oriente, Prusia, contarán más a sus ojos que la Península Ibérica. Aun suponiendo que el emperador hubiese tenido una verdadera política española —lo que niega el historiador André Fugier—, esa política, que los españoles hubieran acogido favorablemente si se hubiera encaminado a eliminar a Godoy, a descartar pacíficamente a Carlos IV y a acelerar el advenimiento de Fernando, no puede escapar al fracaso cuando se revela alevosa y brutal. Se puede estimar que *l'affaire d'Espagne* comienza realmente en 1807 con el envío a Portugal, a través de España, de tropas francesas. Es de notar que esos soldados, todavía considerados como aliados, reciben una acogida cordial, porque los españoles creen que el emperador se dispone a derrocar al infame Godoy.

El primer gran acontecimiento se produce en Aranjuez, a donde ha acudido la corte de Carlos IV para observar desde allí el comportamiento de los madrileños cuando lleguen los ocupantes extranjeros. En Aranjuez se verifica, el 18 de marzo, un episodio aparentemente intranscendente, pero en realidad portador de una significación política fundamental. Por primera vez en la historia moderna de España, el pueblo, recurriendo a la acción, ha conseguido, sin demasiada violencia y en muy poco tiempo, una victoria de enorme repercusión, como lo es la abdicación de un monarca —Carlos IV— y no sólo la destitución de un ministro malquisto —Godoy—. De allí el empleo del término *revolución* aplicado a veces al acontecimiento. Pero no hay que olvidar que *el pueblo* —o *el populacho* y, en concreto, los habitantes de Aranjuez— sólo siguió las directrices fijadas por unos líderes. En esas circunstancias, eran éstos unos aristócratas que, lejos de querer desencadenar revolución social o anárquica alguna, sólo anhelaban acceder al poder al lado de un nuevo soberano.

Sin darse cuenta, Napoleón acaba de perder la partida, mientras que Fernando, más popular que nunca después de autoproclamarse rey, constituye su Gobierno, esperando ser reconocido por las autoridades parisinas. Estas, a través de Murat, dan a entender a unos españoles estupefactos y defraudados que Francia sigue considerando a Carlos IV como el soberano legítimo.





Retratos de Carlos IV (por Goya) y Godoy (por Carnicero)

La sublevación madrileña del dos de mayo

El rápido deterioro de las relaciones entre las tropas francesas y la población caracteriza todo el mes de abril. Una serie de riñas esporádicas entre los soldados de Murat y unos paisanos cada vez más insolentes prepara la sublevación generalizada del dos de mayo de 1808.

Mientras tanto, Napoleón prepara la *emboscada diplomática* de Bayona, durante la cual Fernando se ve obligado a devolver la corona a su padre, quien se apresura a deshacerse de ella a favor del emperador. Este se creerá entonces autorizado a ofrecerla a su propio hermano mayor, José.

Consciente de que este proceso tan anómalo hiere la dignidad de los españoles, Napoleón piensa en recurrir a la fuerza. Murat dispone en torno a Madrid, hasta Aranjuez y El Escorial, a más de 30.000 soldados listos para intervenir. Para oponerse a ellos, la Junta *rebelde* sólo puede contar con unos 3.000 miembros del ejército regular español. El domingo primero de mayo, Murat preside una revista militar en el Prado, y atraviesa la Puerta del Sol rodeado por su estado mayor. En ese día de mercado han acudido a la capital muchos campesinos de las afueras. Los sentimientos antifranceses llegan al paroxismo cuando corre el rumor de que el infante va a ser llevado a Francia en contra de su voluntad. Se oyen gritos hostiles y silbidos cuando pasa Murat. Al atardecer y durante la noche, campesinos y madrileños, patriotas y meros ciudadanos muestran gran agitación.

El día dos por la mañana, la muchedumbre exaltada es aún más numerosa, lo que da pie para pensar que unos emisarios, siguiendo un plan previamente establecido, han ido a movilizar a los habitantes de los alrededores. Interviene entonces uno de los españoles llamados a figurar en la versión épica del conflicto que está a punto de estallar. El maestro cerrajero José Blas Molina Soriano, viendo una carroza que salía del Palacio Real,

pone el grito en el cielo *¡Traición! Nos han quitado a nuestro rey y quieren llevarse a todos los miembros de la familia real. ¡Muerte a los franceses!* Esa llamada a la acción provoca un tumultuoso movimiento delante de Palacio.

Durante todo el día, la muchedumbre reunida en ese sector del antiguo Madrid que se extiende desde el Palacio Real hasta la Puerta del Sol y la Puerta de Toledo, recorre las calles lanzando gritos hostiles a los *gabachos* y blandiendo armas heteróclitas: trabucos, pistolas, espadas, navajas, cuchillos y estacas. Aquí y allá son desarmados y a veces muertos algunos soldados imperiales. El gran duque de Berg manda sacar cañones y lanzar escuadrones de jinetes y batallones de infantería. En la Puerta de Toledo grupos de mujeres enfurecidas detienen momentáneamente a unos coraceros. El sexo femenino hace de esta violenta manera su entrada en el conflicto.

Al atardecer se lanzan a la batalla callejera dragones, cazadores, lanceros polacos y unos impresionantes mamelucos. Desde los balcones, ventanas y tejados llueven sobre ellos piedras, ladrillos, bancos, pedazos de muebles e incluso agua hirviendo. La muerte se presenta a los franceses bajo unos aspectos nada gloriosos, y éste es ya uno de los rasgos distintivos de la guerra que se está iniciando. El hijo del general Legrand muere por el impacto de una maceta arrojada por una *manola* del popular barrio del Barquillo. Los puñales —como lo mostraría Goya en su conocido cuadro— se hunden en las barrigas de los caballos. Estos despiadados combates señalan una regresión en *el arte de la guerra:* la alevosía no es puesta fuera de la ley; el heroísmo puede revestir la forma degradada del salvajismo. El cañón y el fusil se ven sustituidos, para la pelea a corta distancia, por el cuchillo, la navaja y el puñal; se borra la frontera entre el arma noble y el arma primitiva. La guerrilla urbana que acaba de aparecer de forma aparentemente espontánea volverá a surgir, más sistemática y organizada, en las ciudades sitiadas, Zaragoza y Gerona en particular.

Estos combates del dos de mayo, seguidos por unas ejecuciones masivas, prefiguran también, bajo distintos aspectos, el conflicto que va a desarrollarse a mayor escala: los patriotas —llamados *rebeldes* por los franceses— ofrecen la engañosa impresión de una admirable unanimidad. En realidad, la población madrileña no ha participado en su totalidad en la sublevación. Y vuelve a manifestarse, como en el motín de Aranjuez, la distinción entre los que luchan con las armas en la mano y los que les inspiran quedándose a cubierto.

En Madrid, como en Aranjuez, han sido unos nobles intrigantes quienes se han empeñado en movilizar al populacho. Sólo a una pequeña porción de él se entregan las armas que hasta entonces estaban reservadas exclusivamente a los soldados del ejército regular. Porque estos aristócratas temen que esa gentuza —*canaille*, como dicen los militares imperiales— utilice luego esas armas de manera subversiva y peligrosa. Por el contrario, entre los combatientes de la segunda fila —*combattants de l'arrière*— sí figuran los notables y los que más tarde serán llamados *burgueses*, como el padre del futuro escritor y político Antonio Alcalá Galiano, que sigue la batalla desde su domicilio, como lo hace *la gente decente y juiciosa.*

Otro de los caracteres de esa batalla madrileña es que los relatos que inspira, destinados a alimentar la propaganda de cada uno de los dos bandos, no permiten calibrar la dimensión ni entender la verdadera naturaleza del suceso. Trátese de batallas campales o, como aquí, de confusos enfrentamientos esporádicos, resultará prácticamente imposible cuantificar las bajas. Mientras que Murat habla de 600 rebeldes, frente a sólo 31 muertos y 114 heridos del lado francés, los españoles hablan de varios miles de muertos de cada bando, con lo que atribuyen a los combates madrileños la dimensión de una batalla internacional de alta categoría, digna de inspirar comentarios épicos y dar nacimiento a un proceso de mitificación. La verdad se halla probablemente a medio camino entre las cifras tergiversadas por los dos adversarios: 500 a 1.000 muertos del lado español; 100 a 200 del francés.



***La carga de los mamelucos*, que reproduce las luchas callejeras en Madrid el 2 de mayo de 1808 (por Goya, Museo del Prado, Madrid)**

Las fuerzas antagónicas

A principios de 1808, las perspectivas militares de un conflicto en la Península no inspiran ningún temor a Napoleón. En realidad, el ejército español consta, por lo menos, de 100.000 hombres que se dividen en tropa regular —70.000— y en milicias urbanas y otras unidades de refuerzo —30.000—.

La infantería española —unos 60.000 hombres— consta de 35 regimientos de línea y 12 regimientos ligeros. El reclutamiento de los soldados se verifica, por alistamiento voluntario o por alistamiento obligatorio, mediante sorteo. Entre los numerosos elementos que escapan a la impopular quinta figuran los eclesiásticos, los alcaldes, los miembros del Santo Oficio, los médicos, los cirujanos y los que se dedican a la cría de caballos. Por el juego de las sustituciones remuneradas, unas gentes poco recomendables —vagabundos, desertores, aventureros— constituyen una porción significativa de la tropa, que se distingue por su escasa valentía en el combate y resistencia al entrenamiento en épocas de paz.

La artillería no ocupa el puesto que merece: menos de 7.000 artilleros para unas 200 piezas. La caballería es también insuficiente: menos de 17.000 hombres, con 900 caballos.

Una de las particularidades del sistema militar español es la existencia de las milicias. Los hombres que constituyen las milicias provinciales, designados por sorteo, sirven durante diez años, pasando luego a constituir una reserva.

El ejército británico

Mientras que el ejército español inspira a Napoleón unos juicios excesivamente severos, unos observadores menos obcecados estiman que los soldados de Carlos IV no son tan malos como se cree. Por ejemplo, el general Foy sabe que están bien pagados, y algunos de sus compatriotas se atreven a afirmar que su sentido de la disciplina, resistencia, sobriedad e intrepidez les hacen temibles.

En la Guerra de la Independencia va a intervenir, al lado de los aliados españoles, una pequeña porción del ejército británico que, a aquellas alturas, comprende más de 100 regimientos de infantería y 20 de caballería. A lo largo de la guerra prestan servicio en la Península, además de tres regimientos de guardia, 51 de línea, o sea casi la mitad del total de las fuerzas disponibles. Sabiendo que un regimiento solía constar de tres batallones, y cada uno de ellos de diez compañías de 100 hombres cada una, se puede estimar, de manera teórica e imprecisa, que participaron en la guerra unos 150.000 ingleses. También actuaron en España muchas tropas montadas, entre ellas las famosas Lifeguard y Horseguard.

Cuando se inicia el conflicto, los responsables del ejército imperial disponen en la Península de unos 110.000 hombres, cifra impresionante cuando se sabe que Bonaparte llevó a cabo su brillante campaña de Italia con sólo 50.000 soldados. Esa cifra de 110.000 hombres irá en aumento, a pesar de las considerables bajas producidas, pero la calidad de los combatientes irá más bien descendiendo, conforme sean enviados a España. Se lanzaba a pesar suyo, a una guerra espantosa, a unos jóvenes nada preparados para enfrentarse con guerrilleros y con una población hostil.

Las tropas imperiales

El ejército imperial presenta una debilidad estructural: se han organizado demasiadas unidades con polacos, suizos, irlandeses, napolitanos y alemanes. Cerca de una cuarta parte del ejército francés en España está constituida por no franceses. Enérgicos y disciplinados cuando les acompaña el éxito, tenderán esos extranjeros a cometer desmanes o a desertar cuando se les presenten dificultades insuperables.

El general Foy se atreve a criticar al mismo emperador, que *creía posible conquistar España sin tener que luchar contra los españoles.* Pero también subraya los vicios congénitos del ejército enviado a España:

Las tropas que habían atravesado los Pirineos no tenían ni la consistencia ni el vigor necesario para altas empresas; su material era el desecho de los grandes ejércitos que habían quedado intactos en los combates europeos (...). Ni el espíritu de cuerpo, ni los recuerdos de la pasada gloria vivificaban esas congregaciones formadas la víspera para ser disueltas al día siguiente.

Sin hablar siquiera de las dificultades que entraña toda campaña en un territorio extranjero y desconocido, el ejército imperial, básicamente débil debido a sus mercenarios, sus novatos y su gentuza, también está enfermo a nivel de la cabeza: Ney y Soult se odian; varios generales, por ambición personal o disgustados por esa guerra tan poco prometedora de gloria, no obedecen más que imperfectamente las órdenes procedentes de París o del Gobierno del rey José.

Estrategia y logística

No había imaginado el emperador que el conflicto se extendería a todo el área nacional. Por eso aparecen desorbitadas y anacrónicas sus primeras decisiones militares. Se trata para él de ocupar Madrid, para desde allí controlar todo el país.

En segundo lugar, se trata de mantener abierta la carretera desde la capital hasta la frontera francesa; de asegurar una fuerte implantación en Cataluña, con vistas a una posible anexión de los territorios situados a la orilla izquierda del Ebro; de enviar columnas móviles para establecer el orden y de buscar sistemáticamente el combate contra fuertes concentraciones de tropas regulares para conseguir victorias decisivas. Dos hipótesis han sido descartadas: que los soldados se hallen hostigados por todas partes, y que el ejército imperial sea derrotado en una batalla campal.

Por supuesto, no se ha previsto —error fatal— que los resistentes, apoyados por la población, fomentarían una guerra de guerrilla. Esos movimientos sólo podrían ser provocados por el *populacho,* la *canalla* o algunos energúmenos aislados.

Por fin, el estado mayor imperial se atiene a una doctrina que, en general, no se puede aplicar en España: para no cargar excesivamente al ejército con todo un material de intendencia se ha previsto, como en otras partes, que las tropas vivan *sur le pays,* o sea se mantengan con los recursos sacados de las mismas comarcas en que se encuentren.

Pero no se había tomado en cuenta que unos inmensos territorios peninsulares no podían mantener a un importante ejército, sin hablar de la hostil actitud de los habitantes a proporcionar alimentos, animales y carros a los ocupantes. El ejército imperial tuvo que pedir grandes convoyes procedentes de Francia, sin poder contar, como los ingleses, con el auxilio de la flota.

Por culpa de las operaciones de hostigamiento de los guerrilleros, el funcionamiento del abastecimiento resultó constantemente entorpecido, a pesar de la utilización de cuantiosas tropas para la protección de esos convoyes. Tropas que quedaban así inutilizadas para la lucha efectiva contra los ejércitos español y británico. En 1812, lamenta el mariscal Marmont que el emperador no parezca *tener en cuenta la cuestión del avituallamiento:*

Apenas tenemos subsistencias para cuatro días; carecemos de transporte; para requisar en cualquier miserable aldea hace falta enviar una partida de 100 hombres encargados de saquearla; para vivir al día, tenemos que dispersar a nuestros destacamentos y enviarlos a zonas muy alejadas, y esta situación es constante.

La lucha armada

La expresión *guerra total* se aplica adecuadamente al conflicto franco-español de los años 1808-1814 para indicar que no se circunscribe a los enfrentamientos masivos entre dos ejércitos regulares. La generalización de la guerrilla, la duración del sitio de varias ciudades, la intervención en el mar de embarcaciones menores, la deportación al norte de los Pirineos de miles de prisioneros, la práctica de una forma de terrorismo psicológico, etcétera, muestran que la población española se halla globalmente implicada en el conflicto.

El saqueo de Córdoba y la batalla de Bailén

Ante esa situación inédita y comprometida, los jefes del ejército napoleónico tienen que recurrir a medios —en general, insuficientes o inoportunos— que no habían pensado utilizar y tomar decisiones improvisadas, muchas veces torpes o poco gloriosas.

Uno de los errores cometidos por los estrategas imperiales —pagarán por él en Bailén— es haber lanzado hacia el sur al excelente —hasta entonces— general Dupont de l'Etang. Cuando este oficial se aleja de Madrid, tiene bajo sus órdenes una división de infantería de 6.000 hombres, un batallón de 500 marineros de la Guardia Imperial destinados a emprender unas obras en el puerto de Cádiz, dos regimientos de suizos y una división de caballería, o sea un total de unos 22.000 hombres. La mayor parte de ellos son jóvenes reclutas insuficientemente preparados y bastante mal equipados.

Habiendo encontrado en La Mancha, excepcionalmente, más vituallas de lo que esperaban, dejan tras de sí enormes cantidades de galleta seca antes de adentrarse en la Sierra Morena. El 7 de junio de 1808, se apoderan sin demasiadas dificultades del puente de Alcolea, que les abre el camino de Andalucía. En este primer gran combate de la guerra, los 12.000 voluntarios civiles y 1.400 soldados regulares mandados por Pedro de Echevarri sufren una derrota, dispersándose rápidamente, por ser aún más inexpertos, que los jóvenes soldados de Dupont.

Abandonada por los magistrados y los notables, Córdoba es fácilmente ocupada.

El soldado suizo Heidegger da precisiones sobre los episodios de saqueo que volverán a producirse en otras partes a lo largo de la guerra, y que en Córdoba duraron cuatro noches:

Abrimos todas las tiendas, tiramos fuera y a veces destruimos las mercancías que había en ellas. En nuestras tiendas de campaña había animales de todo tipo, ovejas, cerdos, cabras, aves de corral, y también canapés, camas y otros muebles, utensilios de oro y de plata, instrumentos de cocina de cobre, pinturas, pipas de vino, vituallas y todo en superabundancia.

Habiéndose difundido la noticia del saqueo de la ciudad, se van agrupando los campesinos de los alrededores y los de la zona de Jaén. La Junta de Sevilla acelera la organización de la resistencia armada. La población manifiesta masivamente tanta determinación para vengarse de los franceses que el general Castaños, tras completar los efectivos de los regimientos, tiene que ordenar el regreso a sus hogares de 12.000 paisanos.

El 18 de junio, el general Dupont recibe la noticia de que la capitulación del almirante Rosily en Cádiz hacía inútil la expedición por tierra que hubiera podido salvarle. Toma entonces la prudente decisión de alejarse de Córdoba para acercarse a Madrid. Pero la marcha en dirección a Andújar es frenada por el número excesivo de vehículos —unos 500— que lleva consigo. Algunos transportan el necesario material militar, mientras otros cargan con el enorme botín procedente del saqueo de Córdoba.

Habiendo los habitantes despejado el terreno conforme avanzaban los soldados franceses, éstos tienen que contentarse con comer higos, calabazas y la carne de las cabras capturadas en la montaña. Durante esos días de agobiante caminata, van reuniéndose una tras otra las condiciones que harán po-

Ejércitos francés y aliado en la guerra de la Independencia, 1808-1814 (arriba). Ejército español, milicias y guerrilleros durante la misma (abajo)

sible una victoria española. Las tropas de Vedel, que habían emprendido la marcha antes que las de Dupont, se hallan distantes unos 40 kilómetros, y el ejército de Dupont se ha escindido peligrosamente en tres grupos, situados respectivamente en Andújar, en Bailén y en La Carolina. Precisamente, Castaños había proyectado separar a Vedel de Dupont, empujar a aquél hacia el norte y atacar a éste por los flancos, impidiéndole pasar por el desfiladero de Despeñaperros, único punto a través del que hubieran podido reunirse ambos.

En Bailén, Castaños ordena, hábilmente, ocupar los cerros que dominan la pequeña meseta en la que se estacionan los franceses. Para oponerse a los 20.000 soldados de Dupont, dispone de unos 34.000 hombres, algunos de los cuales se escalonan a lo largo de una orilla del Guadalquivir. En el extremo de las líneas llama la atención, por lo insólito de su atuendo, un grupo de unos 200 jinetes: son vaqueros oriundos del suroeste de Andalucía que van a utilizar como armas de combate sus largas picas, o garrochas, con las que suelen dirigir a los toritos antes de marcarlos. Estos garrochistas, que alcanzarán pronto la fama, conservan sus ropas tradicionales: botas negras, espuelas, chaquetillas, calzones o sombreros de ala ancha y pañuelos rojos alrededor de la cabeza.

Para escapar a la fatal redada, Dupont que ya sabe que ni puede reunirse con Vedel ni recibir refuerzos, ordena las primeras cargas de caballería, a las que se oponen victoriosamente los españoles apoyados por un nutrido fuego de artillería. La defección de los suizos, que se pasan repentinamente al enemigo, afecta la moral de los soldados franceses. Muere el general Dupré, y recibe una herida Dupont. Al no poder adueñarse de una pequeña fuente, sus soldados se ven agobiados por el intenso calor y atenazados por la sed.

Hacia mediodía de ese 19 de julio de 1808, el desenlace del combate ya no parece dudoso porque los soldados de Dupont, exhaustos y desanimados, ya no van a volver a emprender la lucha aunque recibieran la orden para ello. Por eso, Dupont se resigna a entablar negociaciones. De momento, las condiciones impuestas por los españoles no parecen demasiado duras, porque éstos temen todavía la llegada de las tropas de Vedel. Se acuerda así que los franceses abandonarán Andalucía, replegándose hacia Madrid.

Pero, al día siguiente, cambian las tornas, porque la captura de un mensajero francés permite a los españoles enterarse de que Vedel no llegará a tiempo para librar a Dupont, y de que la agitación sube de tono en la capital. Los negociadores españoles exigen ahora, no sólo la capitulación de Dupont, sino también la de Vedel, que no ha participado en el combate. Además en el bando francés los soldados no están en condiciones de volver a empuñar las armas. El 22 de julio, el conde Tily, en nombre de Dupont, firma la capitulación: por su *bella y gloriosa defensa contra un enemigo infinitamente superior,* los soldados imperiales obtienen la promesa de ser llevados a Rochefort, al norte de Burdeos, a bordo de barcos españoles.

Pero no se cumplió esta promesa, por estimar la Junta de Sevilla que lo pactado era demasiado ventajoso para los franceses. Como precisa el historiador Gabriel Lovett:

El caso es que sólo se envió a Francia, el mes de septiembre de 1808, al general Dupont y a 162 hombres por el tratado de Bailén. Lo cierto es que los demás fueron trasladados a Andalucía, y 12.000 de ellos terminaron por ser arrojados en viejos pontones anclados en la bahía de Cádiz, en donde en medio de las condiciones más espantosas, con poco alimento y agua escasa, perecieron muchos. Más tarde, a la mayoría de los prisioneros de estos pontones se les llevó a la desierta isla de Cabrera, en las Baleares, donde murieron muchos más.

El emperador fue lo bastante cínico como para achacar exclusivamente a Dupont la responsabilidad del desastre. Pero al menos, Napoleón había calibrado exactamente la gravedad de este descalabro, que no procedía sólo de su aspecto cuantitativo: más de 2.500 muertos, 19.000 prisioneros, 50 cañones y cuatro banderas perdidos. Más importantes fueron la propaganda movilizadora, que se extendió por toda la España *resistente,* y el impacto de la noticia en toda Europa, con la revelación de que el ejército napoleónico ya no era invencible. El 5 de agosto, Napoleón explica confidencialmente a Caulaincourt: *En las circunstancias*



Rendición del ejército francés en Bailén (plumilla a partir de un cuadro de Casado del Alisal, Museo de Arte Moderno, Madrid)

actuales, este suceso puede tener un inmenso efecto. Efectivamente, en Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia estalla la alegría colectiva, disponiéndose sus habitantes a intensificar la lucha, o a romper la paz con el Imperio. Mientras tanto, en España, se eleva a Castaños a la categoría de héroe nacional, y la literatura se apodera del episodio para transformarlo en epopeya.

La campaña de Napoleón en España

El desastre de Bailén, tras provocar el reconcoroso furor de Napoleón, también impulsa como consecuencia el refuerzo del ejército de España, cuyos efectivos se piensa elevar hasta los 200.000 hombres. Además, al emperador le parece llegado el momento de ponerse personalmente a la cabeza de este ejército para coronar en Madrid a su hermano José y expulsar a los ingleses de Lisboa. El 4 de noviembre de 1808, pasa el Bidasoa. Al día siguiente, llega a Vitoria, donde se habían establecido provisionalmente José y su corte. En un discurso mordaz critica a los monjes españoles que mantienen a la población en las tinieblas del fanatismo, y lanza la predicción de que al cabo de dos meses habrá rendido a España. Su plan se caracteriza por una luminosa sencillez: primero, atacará el centro del sistema defensivo hispano, y luego dispersará a cada una de las alas, ya incapaces de reagruparse.

La primera fase respeta el plan fijado. En el ala derecha, el mariscal Victor vence a Blake en Espinosa de los Monteros, el 11 de noviembre; y, el 13, Lannes desaloja de Tudela a los soldados de Castaños. La victoria de Espinosa abre el camino de Burgos y, más allá, el de Madrid.

Constatan los españoles que, en el supuesto de una retirada masiva y precipitada, la dispersión de las tropas puede hacerse irreversible. En este caso concreto, Blake, después de ponerse fuera de alcance del ejército imperial, no por eso llega a reconstituir su ejército. Pero, por el contrario, la dispersión puede tener un efecto benéfico: permitir la creación de núcleos de guerrillas, eventualidad que los estados mayores napoleónicos no habían contemplado.

Aun antes de recibir la noticia de Tudela, el emperador hace su entrada

en Burgos. El espantoso saqueo al que se entregan aquí los ocupantes empaña gravemente la imagen de Napoleón. En esta ciudad, mancillada y malherida, pasa Bonaparte más de una semana reorganizando su ejército y trazando planes para la inmediata campaña.

De momento se va perfilando una victoria imperfecta, porque si bien las tropas españolas van sufriendo mermas importantes, distan mucho de quedar aniquiladas. El 23 de noviembre, Napoleón emprende la marcha hacia Madrid, a la cabeza de 45.000 hombres.

El 30, la vanguardia alcanza las faldas de la Sierra de Guadarrama, y penetra en el desfiladero de Somosierra, defendido por 12.000 hombres mandados por el general San Juan, que ha cometido el error de destacar —es decir, de apartar de un combate ya ineludible— a 3.500 soldados aguerridos. El adueñarse de un puerto de montaña a más de 1.400 metros de altitud es una empresa ardua para los franceses. Hasta los cazadores de la Guardia Imperial se muestran confusos.

El emperador llama entonces a los *chevaulégers* —jinetes— polacos. Después de un primer fracaso provocado por el fuego de dieciséis cañones, el general Montbrun ordena la carga decisiva, que se hará famosa en la historiografía gala. Unos mil jinetes se lanzan al asalto, con el sable blandido, y se apoderan de los puestos ocupados por los españoles, que huyen desordenadamente, abandonando los cañones. Queda así despejado el camino hacia la capital.

La defensa de la ciudad se organiza apresuradamente. La guarnición consta sólo de 3.000 hombres. Miles de civiles piden armas a voz en grito, y las consiguen. Pero esa determinación patriótica no es compartida por los representantes del poder civil, y ni siquiera por la mayor parte de los oficiales de alta graduación: vacilan unos, huyen otros.

El 2 de diciembre —tercer aniversario de la famosa batalla de Austerlitz—, las tropas imperiales aparecen al norte de Madrid. La Junta *rebelde,* a la que se intima la rendición, contesta empleando unos términos y un tono que se harán habituales en otras ciudades enfrentadas a la misma dramática situación: la población madrileña preferiría quedar sepultada bajo las ruinas de la ciudad antes que entregarse. El día 3 por la mañana, se oyen los primeros cañonazos. Después de la ocupación por los franceses de la posición elevada del Retiro, la caída de Madrid es ya ineluctable. Ante la imposibilidad de resistir en una ciudad no fortificada, el capitán general de Castilla la Nueva toma la decisión de alejarse con una parte de sus tropas hacia Extremadura. Invitados a capitular por tercera vez, los miembros de la Junta ordenan el cese del fuego y entablan la negociación.

Admiten los historiadores españoles que las condiciones impuestas por los vencedores manifiestan cierta magnanimidad: la religión católica será la única tolerada en España; se respetarán la vida y bienes de los madrileños; se protegerán las leyes, los tribunales y las costumbres. Además, y en contra de una tradición humillante para los vencidos, Napoleón se abstiene de organizar el desfile de las tropas victoriosas por las calles. Él mismo mantiene su residencia fuera de los muros de la ciudad.

Desgraciadamente, a partir del 4 de diciembre, pretextando que la huida

nocturna de parte de la guarnición constituía una infracción a lo pactado, el emperador, en lugar de respetar el *statu quo* político que podía haber tranquilizado a la población, toma una serie de medidas de considerable alcance, que significan un ataque directo contra el Antiguo Régimen. Esa política reformadora presenta puntos comunes con la que van a emprender los liberales patriotas en Cádiz. Pero, a lo ojos de la mayoría de los españoles, viene descalificada por el hecho de haber sido impuesta por un extranjero después de una invasión militar.

La primera víctima es el Consejo de Castilla, que se había atrevido a proclamar la nulidad de los decretos promulgados por Napoleón y por José en agosto. Se detiene y destierra a Francia al decano Arias Mon y a varios personajes ilustres —entre ellos el príncipe de Castelfranco y el conde de Trastámara— que se habían adherido a José y luego le abandonaron. En pocos días, el emperador inicia lo que llama él mismo la obra de *regeneración* de España, encaminada a asegurar *su grandeza y su prosperidad* en el marco de una monarquía *constitucional y moderada*. Abole los derechos feudales, reduce las comunidades religiosas a las dos terceras partes de sus miembros y suprime las barreras arancelarias existentes.

El 7 de diciembre, Napoleón dirige a los españoles una proclama en la que pretende *atender la voz de la clemencia* y especifica su papel de *regenerador* del país. Pero también se hace amenazador, anunciando que, en el caso de brote de una resistencia, daría a su hermano José otro trono, para *colocar la corona de España sobre su propia cabeza,* y tratar al país como a territorio conquistado.

El 23 de diciembre, la población madrileña, entre melancólica y abatida, se dirige a los templos para prestar el juramento de sumisión al nuevo rey, José I. Durante todo este tiempo, el espectáculo de los teatros casi vacíos y la supresión de las tertulias y festividades demuestran que los madrileños, en el mejor de los casos, se resignan momentáneamente al nuevo estado de cosas, sin celebrarlo y, probablemente, sin aprobarlo en su fuero interno.

Desde el momento de su entrada en la Península, Napoleón ha arrollado al ejército regular español, se ha adueñado de la capital y ha empezado a legislar, lo que parece demostrar un poderío irresistible y ascendente. Pero, sin embargo, la Junta Central que dirige la resistencia no ha dado aún el menor signo de vacilación o debilitamiento, y puede hacer maniobrar un ejército todavía considerable, ahora respaldado por tropas de guerrilleros cada vez más eficaces y atrevidos. Cabe poca duda de que el emperador tiene previsto adentrarse aún más en el país para acabar con los ejércitos anglo-españoles.

Pero el 19 de diciembre, mientras pasa revista a la Guardia Imperial, un mensaje inesperado viene a cambiar sus planes: los ingleses, en lugar de mantenerse en Portugal, como se creía, han penetrado en Castilla la Vieja para cortar la carretera que une Madrid con la frontera vascongada. Sir John Moore se ha puesto a la cabeza de 20.000 soldados, auxiliados por guerrilleros españoles. Napoleón deja entonces en Madrid a su hermano José y a unos 30.000 hombres. Como escribe a la emperatriz Josefina, disfruta ya pensando en la jugada que tiene preparada: con 80.000 hombres, va a caer por sorpresa sobre los ingleses y obligarles a reembarcar.

Entre ellos y él se interpone la Sierra de Guadarrama, azotada estos días por el cierzo y las nevadas. Pero, sin arredrarse ante esa agresión meteorológica, ordena la dificultosa ascensión.

Cualquier otro que no fuera Napoleón —relata Marbot— *se hubiera detenido, pero él, queriendo a toda costa alcanzar a los ingleses, habló a los soldados y mandó que todos los hombres de un mismo pelotón se cogieran por el brazo para no ser arrastrados por el vendaval. Los jinetes, apeándose de los caballos, también tuvieron que caminar de esta manera, y para dar ejemplo, el emperador constituyó varios pelotones con el estado mayor, y se colocó entre Lannes y Duroc, a cuyo lado nos situamos cruzando los brazos; luego, a la voz de mando del mismo Napoleón, la columna se puso en marcha y trepó por la montaña, a pesar del viento impetuoso que nos hacía tropezar a cada paso.*

No termina esta durísima prueba con la ascensión del puerto, porque a la ventisca sucede una lluvia helada. Luego, los soldados tienen que avanzar penosamente por una zona pantanosa.

El abastecimiento en raciones alimenticias cae por debajo de lo normal, pero Napoleón está tan obcecado por la proximidad de los ingleses que sigue imponiendo a sus soldados privaciones y padecimientos inhumanos: jornadas de 16 horas y etapas de hasta 30 kilómetros.

Tantos esfuerzos realizados a lo largo de esta siniestra epopeya van a ser vanos, porque Moore se ha enterado de que Napoleón, en lugar de dirigirse hacia Andalucía o Portugal, se ha propuesto alcanzar y envolver al ejército británico. Así, el general inglés toma la prudente decisión de no enfrentarse a su perseguidor, sino de huir ante él. Esta precipitada retirada se verifica en unas condiciones dramáticas —parecidas a las que afectan a la tropa adversaria—, en un sector montañoso inhóspito, bajo un espantoso clima invernal. Moore abandona tras de sí un reguero de heridos, de caballos muertos, de cañones y de impedimienta. Al igual que los soldados napoleónicos, los ingleses, dejando de ser disciplinados y estoicos, se entregan a los saqueos.

Cuando se encuentra ya en plena Galicia, el emperador comprende que no conseguirá alcanzar al enemigo. Además —y es lo principal— unas cartas llegadas de París, que traen malas noticias, le obligan a cambiar sus planes y a volver apresuradamente a la capital, a mediados de enero. Además, estima que para acabar con el ejército inglés que iba de capa caída bastarían dos buenos generales, como lo son Soult y Ney.

Efectivamente, la batalla va a darse —y a ganarse— en La Coruña, el 16 de enero. Aunque no actuó en ella el emperador, se puede considerar que allí concluyen al mismo tiempo su campaña victoriosa en España y la campaña, mucho menos lúcida, de sir John Moore. A esas alturas, está persuadido el emperador de que, una vez sometida Austria y deshechas las intrigas parisinas de Fouché y de Talleyrand, podrá volver a España para conseguir obtener personalmente la victoria aplastante que por el momento se le ha escapado. Pero, como es de todos sabido, nunca el emperador volverá a pisar suelo español. En adelante, se contentará con seguir de lejos —en los dos sentidos de la expresión— *l'affaire d'Espagne*.

Los sitios de Zaragoza

Refiriéndose a la capital de Aragón, el emperador había escrito a Murat, el 8 de junio de 1808, que era preciso pacificar a toda costa este punto estratégico importante, porque a partir de allí el enemigo hubiera podido cortar el eje de comunicaciones entre el Mediodía de Francia y Madrid. Por otra parte, no imaginaba Napoleón que esa ciudad de menos de 60.000 habitantes, defendida por una pequeña guarnición, pudiera oponer mucha resistencia. Por eso, el 10 de junio, el soberano encarga al general Lefebvre que desarme a los zaragozanos, fortifique el castillo, tome rehenes y se apodere de los bienes del responsable local, el general Palafox.

Habiendo sido *plebiscitado* por los vecinos de manera tumultuosa, dicho general había levantado en dos semanas siete regimientos de voluntarios, con un total de 7.400 hombres.

Tras haber recibido una respuesta negativa a su intimación a la rendición, Lefebvre abre la batalla de Zaragoza el 15 de junio de 1808, con un impresionante asalto lanzado por 5.000 soldados de infantería y 800 jinetes. Algunos centenares de soldados del ejército regular no lo hubieran resistido si los paisanos, en medio del entusiasmo y desorden, no se hubieran atrevido a hacer fuego. El efecto de sorpresa es tan enorme que, al anochecer, Lefebvre tiene que ordenar la retirada. Los asaltantes dejan tras sí casi 500 cadáveres. Las bajas españolas han sido inferiores, porque los defensores habían podido ampararse tras los muros de las casas.

Esa victoria española, en ocasiones llamada de las Eras, además de su carácter sensacional —casi equiparable a la de Bailén—, se caracteriza por la aparición de dos fenómenos llamados a conferir al conflicto una fisonomía singular. En primer lugar, la intervención, masiva y enérgica, de una amplia porción del vecindario y, correlativamente, el empleo de una táctica defensiva eficaz para neutralizar la actividad de la caballería y la artillería ligera enemigas: la barricada, los disparos incesantes y el lanzamiento sobre el agresor de toda clase de proyectiles mortíferos o contundentes. Así surge la guerrilla urbana, que volverá a aparecer en otras ciudades sitiadas.

Los historiadores peninsulares han recalcado complacidamente la unanimidad de los habitantes, entusiasta o rabiosa según las circunstancias, a la par que su creativa imaginación y su tesón. En Zaragoza, los cerrajeros fabrican la metralla; los confiteros, tintoreros y fabricantes de manteca proporcionan los grandes recipientes donde se prepara la pólvora; mujeres y niños recogen el salitre en las paredes húmedas de las casas. En el interior de la ciudad se levantan barricadas hechas de bancos, mesas y aparadores. Obedeciendo las órdenes del subteniente Sangenís, los mozos robustos transportan los cañones, los instalan y protegen con sacos de tierra, de arena e incluso de algodón, para amortiguar el impacto de las balas al final de su trayectoria.

La Junta local lanza órdenes a fin de que cada uno conozca precisamente sus obligaciones durante los combates, los bombardeos y los momentos de tranquilidad. Los responsables locales se empeñan en moldear la opinión pública con vistas a evitar que ceje la voluntad de resistencia. La jerarquía eclesiástica se ha asociado a esta campaña. La opinión pública se mantiene así en un alto grado de exaltación, inspiradora de una insidiosa forma de terrorismo patriótico.

Cuando ya dura varias semanas la batalla de Zaragoza, varios ciudadanos denuncian, sin mayor precisión, la presencia en la ciudad de agentes provocadores, de espías y de traidores encubiertos. La exasperación y la angustia modifican por entonces la naturaleza de las relaciones entre los zaragozanos, hasta tal punto que cobran vigencia unas prácticas cuyo carácter bárbaro hubiera sido denunciado en tiempos de paz. Así, a mediados de julio, son expuestos en la plaza pública, colgando de altas horcas, los cuerpos de dos asesinos.

Una justicia expeditiva, extremadamente brutal, es legitimada por las mismas autoridades que avalan el patriotismo bajo todas sus formas, sin atreverse a condenar sus desviaciones, so pena de ser tachadas de tibias o de traidoras. En realidad, los sentimientos patrióticos no concuerdan exactamente, y la seductora imagen de una exaltada emulación es engañosa. Ocurre, por ejemplo, que unos voluntarios locales riñan con soldados del ejército regular, tildados de cobardes. Palafox tiene entonces que tomar medidas coercitivas, a las que se da la menor publicidad posible para que los franceses no se enteren de esa falta de armonía. Castigos, amenazas, órdenes y llamamientos forman parte de esa amplia panoplia de medios utilizados para fomentar, y encauzar al mismo tiempo, el fervor patriótico.

Del lado francés, la lucha ofrece también un aspecto insólito, porque el Estado Mayor no concibe cómo una ciudad tan pobremente fortificada se niega a capitular una vez abiertas brechas en unas murallas que apenas merecen tal nombre.

Por otra parte, no se trata de un verdadero sitio, porque, hasta el final, los habitantes pueden comunicarse, mal que bien, con el exterior de donde les llegan refuerzos y alimentos. Efectivamente, gracias a unas frecuentes y tranquilas expediciones nocturnas, la población no sufre demasiado por causa del hambre, lo contrario de lo que va a ocurrir durante el segundo sitio (21 de diciembre de 1808 —21 de febrero de 1809).

Después del fracaso de Lefebvre a mediados de junio, se llama al general Verdier para que se presente ante los muros de Zaragoza con más de 3.000 hombres y una artillería de sitio. Gracias a ésta, se apodera del monte Torrero, cuya guarnición huye. Desde lo alto de esa colina, situada al sur, Verdier domina la ciudad, a la que amenaza con treinta cañones, cuatro morteros y doce lanzaobuses.

El primer bombardeo dura toda la jornada del 1 de julio. Al día siguiente, seis columnas de franceses se lanzan al asalto en un terreno descubierto, sin llegar a penetrar en el recinto amurallado. Durante todo el mes, los sitiados se dedican a cavar trincheras y ocupar la orilla izquierda del Ebro, en el lado opuesto al sector donde se verificaron los combates hasta entonces. El 4 de agosto, después de un bombardeo concentrado sobre la puerta del Carmen y el convento de Santa Engracia, tres columnas de asalto se apoderan de este edificio. Persuadido de haberse apuntado un éxito decisivo, Verdier envía a un mensajero encargado de obtener *paz y capitulación;* pero no conseguirá más que una respuesta orgullosamente lacónica *Cuartel general de Zaragoza. Guerra y cuchillo.*

Batalla de Somosierra (detalle, por Lejeune, arriba).
Capitulación de Madrid ante Napoleón (por J. A. Gross, abajo)

En el transcurso de la tarde del 4, continúa el avance de los asaltantes, con su acompañamiento de espantosos desmanes, a menudo sancionados con la muerte de los culpables: son arrojados por las ventanas los cuerpos de los saqueadores sorprendidos *in fraganti*. Durante la noche, los soldados de ambos bandos levantan barricadas a corta distancia unas de otras. El frente —si cabe referir este término a un combate urbano cuyos objetivos son un convento, el lado de una calle, una casa— va entonces a estabilizarse.

Carente de directrices, Verdier continúa bombardeando la ciudad y lanzando esporádicos ataques en el transcurso de los días siguientes. Pero ya se adivina que no dará la orden de asalto general, porque la pasmosa noticia del desastre de Bailén comienza a circular en el seno de la tropa, y los soldados empiezan a detectar esta lucha sin tregua, mortífera, que tiene por irrisorios objetivos la conquista de algunas manzanas de casas.

En realidad, en los días que preceden al 13 de agosto, Verdier está preparando una retirada ordenada, que empieza a verificarse de noche, sigilosamente. El 14, ordena volar el convento de Santa Engracia, incendiar sus almacenes e inutilizar muchos cañones.

Así termina el primer sitio de Zaragoza que, en rigor, ha sido más bien una serie de combates que apuntaban a la conquista de distintas posiciones. Al igual que la batalla de Bailén, que precipitó el desenlace, tuvo un enorme imapcto en España y en el resto de Europa, porque demostraba que los soldados imperiales, adiestrados en el arte de la guerra, podían ser tenidos en jaque por una tropa menos numerosa y no tan bien equipada, con tal de que estuviera respaldada por la población.

Las bajas francesas se aproximan a los 3.500 hombres. En el lado español oscilan entre 2.000 y 3.500. El 15 de agosto, las campanas de la basílica del Pilar invitan a los zaragozanos a un solemne *Te Deum* en acción de gracias, al que sigue una inmensa procesión.

Sin embargo, los habitantes no tienen ganas, ni tiempo suficiente, de prolongar los festejos, en honor de la Virgen y de Palafox porque, persuadidos con razón de que Napoleón no aceptaría el fracaso de Verdier, se preparan para un segundo sitio.

A principios del invierno de 1808, el emperador dirige personalmente —como se sabe— la campaña de España. Mientras que reserva para sí mismo el honor de conquistar la capital, escoge al mariscal Lannes para vengar el insulto infligido por los zaragozanos a Lefebvre y a Verdier. Pone a Mortier a la cabeza de dos divisiones mandadas respectivamente por los generales Suchet y Gazán. El ejército que va a emprender el sitio consta de casi 40.000 infantes, 3.500 jinetes, 1.100 zapadores y barreneros, 48 cañones de grueso calibre y 84 ligeros.

Los franceses van a medirse con los 20.000 soldados del ejército de Castaños, que acaba de ser derrotado en Tudela el 23 de noviembre, con 20.000 soldados más recién alistados —campesinos y contrabandistas indultados— y con unos habitantes tan resueltos como antes. Todos han sido abundantemente abastecidos de armas por los ingleses.

Los primeros ataques, acompañados por bombarderos, se verifican el 21 de diciembre. El primer gran asalto se lanza el 11 de enero de 1809. Son necesarios dos regimientos para apoderarse de las ruinas del convento de San José, cuyas inmediaciones han sido minadas. El mariscal Lannes llega el 22 de enero. Ante la determinación inquebrantable de los zaragozanos, se convence de que sólo se podrá conquistar la ciudad una calle tras otra. A partir del 27 de enero, fecha del primer ataque general, proseguirán sin tregua los combates, caracterizados en ambos bandos por un inaudito furor.

Los españoles se hacen expertos en el arte de defender las casas amenazadas. Cuando se aproximan los asaltantes, destruyen la escalera de acceso, sustituyéndola por una escala de mano que pondrán y retirarán cuando venga el caso; establecidos entonces en el primer piso, taladrarán las paredes y los pisos de madera para hacer fuego a través de los agujeros, antes de huir por los tejados y terrazas. Calzados con alpargatas, los zaragozanos se mueven silenciosamente, con agilidad, lo que les permite realizar arriesgadas incursiones lejos de la línea del *frente*.

En muy poco tiempo, esta batalla urbana va a ofrecer dos caracteres nuevos, nacidos del empleo del fuego y de la mina. Para frenar el avance de



Combate cuerpo a cuerpo entre soldados franceses e ingleses en la batalla de Elviña, La Coruña (por F. Pontenier)

los franceses de una casa a otra, sus habitantes cubren las paredes de resina y de alquitrán, y colocan brazadas de leña o de ramas al pie de las puertas y de las ventanas. Construidas con ladrillos o adobe, las casas arden lentamente, provocando un denso humo que ciega a los invasores.

En cuanto a las minas, por el contrario, los asaltantes se hallan en mejores condiciones que los defensores, menos duchos en la cuestión. Al principio, los franceses utilizaban enormes cargas de pólvora que sí destruían de un golpe varias casas, pero los infantes no sacaban mucho beneficio de una progresión dificultosa realizada en medio de ruinas. Por esta razón, los *mineros* se contentaban después con destruir la pared que separaba la casa vecina de la que ocupaban sus compañeros. Este procedimiento significaba de hecho que los soldados de Lannes se habían resignado a conquistar la ciudad casa por casa.

Hacia finales de enero, cuando Palafox ha caído enfermo y los franceses avanzan lenta pero inexorablemente, se hace patente que la resistencia no podía prolongarse mucho. Solamente 1.800 soldados españoles pueden seguir combatiendo, la caballería sólo dispone de 260 caballos, y no quedan más que 500 kilos de pólvora. La Junta toma entonces la decisión de entablar negociaciones con Lannes. Se llega rápidamente a un acuerdo. El 21 de febrero, los supervivientes salen por la puerta del Portillo, uno de los tres puntos estratégicos aún controlados por los defensores.

Lannes, que no se había portado mal en las negociaciones, no se mostró luego como hombre de palabra, permitiendo que los soldados se dedicaran al pillaje y mataran a varias personas, entre ellas al sacerdote combatiente Santiago Sas y al consejero de Palafox, padre Basilo Boggiero.

Un testigo francés recuerda el terrible espectáculo que se ofreció a su vista:

En medio de las ruinas y de los cadáveres diseminados por las calles, se veía a unos pocos habitantes errabundos, pálidos, extenuados, que parecía iban a seguir pronto a los muertos, a los que ya no tenían la fuerza de enterrar.

Según un testigo español, el día de la capitulación, 6.000 muertos estaban

amontonados en las iglesias, en las calles, o yacían en medio de los escombros. Habían muerto, en el transcurso del sitio, más de 50.000 personas, de las que una cuarta parte eran militares. La enfermedad y el hambre habían causado muchas más muertes que las armas. Oficialmente, las bajas franceses ascienden a 3.230 hombres, pero los historiadores se inclinan por una cifra próxima a los 10.000. Zaragoza había sucumbido tras un sitio de 52 días. De esos 52 días, 29 habían sido dedicados a la destrucción y conquista del recinto de la ciudad, y los 23 siguientes al avance en el interior de la misma.

Esta defensa, en cuyo transcurso desplegaron los zaragozanos más esfuerzos y soportaron más sacrificos que durante el primer sitio, ha sido considerado, en particular por los historiadores españoles, como una de las más heroicas de todos los tiempos. Pero la unanimidad se deshace a la hora de calibrar los méritos de Palafox, que cometió probablemente varios errores, por ejemplo, el alejarse de la ciudad durante el primer sitio y encerrarse luego en ella con un ejército numeroso. También se llegó a decir que no había sido más que un figurón, que abandonó la administración efectiva en varios generales y en su consejero, el padre Boggiero.

La guerra naval

Por imaginar a menudo que las dos armadas, la española y la francesa, habían sido aniquiladas por los ingleses en Trafalgar, el 21 de octubre de 1805, se suele presentar la Guerra de la Independencia como un conflicto que se produce exclusivamente sobre el continente, en el que se dan por objetivos, no la conquista de puertos, astilleros y barcos, sino la dominación de la capital, la ocupación de las plazas fuertes y el control de los ejes de comunicación. Así se olvida, no el hecho de que Inglaterra es dueña del Mediterráneo y del Atlántico, pero sí el que Francia y España, que no están totalmente desprovistas de marina, también se enfrentan en el mar.

Uno de los errores estratégicos de Bonaparte es el de haber permitido a Inglaterra llevar la guerra a la Península Ibérica, cuyo litoral no podían controlar los franceses. Interviniendo en España, país dotado de una dilatada fachada marítima, Inglaterra tenía la posibilidad de utilizar sus numerosos buques sin exponerlos al peligro de destrucción. También podía contar con la ayuda de los barcos de comercio españoles, asimismo numerosos. Por el contrario, no podía esperar mucha ayuda de la armada de Carlos IV. Un documento gubernamental evoca el lastimoso estado de la misma: hay una grave escasez de maromas, cuerdas, velas, cartuchos, pólvora, armas blancas y fusiles cortos. En 1810, la escuadra sólo consta de una decena de barcos, de los cuales sólo dos cuentan con más de cien cañones. En lugar de los 10.000 marineros que necesita, sólo dispone de 3.000. Los barcos franceses se enfrentan sobre todo con los británicos cuyo número —844— es impresionante. Naturalmente, sólo una mínima parte de ellos interviene a lo largo de las costas peninsulares, pero en la mayoría de los casos los ingleses tienen sobre los franceses una marcada superioridad numérica.

Gracias a su flota, los ingleses pueden transportar importantes fuerzas destinadas al combate terrestre, procedentes a veces de zonas lejanas. Así ocurrirá que los regimientos llegados por mar y desembarcados repentinamente tomen por sorpresa a las tropas imperiales. Y cuando éstas están a punto de obtener una victoria, a los soldados británicos les queda la posibilidad —vedada a sus contrarios— de embarcarse.

Así en 1809, acosados por el ejército napoleónico, los soldados ingleses, al final de una retirada precipitada, pueden subir a bordo de sus navíos en Vigo y en La Coruña, para volver a aparecer más al sur. Por barco les llegan a los combatientes del interior las armas, las municiones y el material de guerra. También los españoles y los ingleses se valen de los barcos para transportar con cierta velocidad cartas y órdenes escritas, mientras que en tierra firme muchos correos franceses caen en manos de los guerrilleros.

Como advierte David Gates, *con los restos de la flota que permanecía bloqueada en los puertos europeos, los franceses no podían contrarrestar las operaciones marítimas inglesas. La amenaza constante de los desembarcos enemigos les obligaba a destinar miles*



Batalla de Ocaña (litografía de Serra, siglo XIX)

de sus imprescindibles soldados a patrullar por las playas, guarnecer los puertos y armar las baterías costeras. En 1812, el mariscal Suchet, que intenta controlar la zona levantina, tiene que dedicar más de 30.000 hombres a la vigilancia de la costa y al control de las comunicaciones terrestres, no quedándole más que otros 8.000 para emprender operaciones militares de cierta envergadura.

Los españoles que —como se ha dicho antes— no disponen de navíos de línea comparables a los ingleses, tienen que recurrir a embarcaciones ligeras y veloces, de distintas clases. Algunas sólo son de vela, lo que las expone a encallarse o a romperse sobre las ro-

Cronología

1807

18 de octubre: *Al mando de Junot, los primeros contingentes franceses atraviesan la frontera española camino de Portugal.*

27 de octubre: *Por el tratado de Fontaineblau, Francia y España se reparten el territorio de Portugal.*

1808

Enero-abril: *Las tropas francesas van ocupando progresivamente las más importantes ciudades y plazas fuertes del país.*

Marzo: *La corte española, escindida en su interior, se instala en Aranjuez.*

17 de marzo: *Motín de Aranjuez y detención de Manuel Godoy.*

19 de marzo: *Carlos IV renuncia a la Corona en favor de su hijo Fernando. Murat, jefe de las fuerzas francesas, no lo reconoce como rey.*

10 de abril: *Fernando VII marcha a Bayona para obtener el reconocimiento de Napoleón.*

30 de abril: *Carlos IV en Bayona. Tras recuperar la corona la cede a Bonaparte.*

2 de mayo: *Levantamiento popular en Madrid contra los ocupantes. Fuertes enfrentamientos armados y cruentas represalias de los franceses.*

Mayo: *Reproducción del levantamiento en distintos puntos de España: Galicia, Asturias, Extremadura, Aragón, Andalucía, Valencia, Murcia y Canarias. Creación de las Juntas locales de Defensa.*

4 de junio: *Napoleón entrega la corona de España a su hermano José.*

15 de junio: *Convocatoria de una asamblea de notables para la redacción de una Constitución para España. El mariscal Lefebvre establece el primer sitio de Zaragoza. Victoria española en Els Brucs.*

9 de julio: *El rey José I hace su entrada oficial en Madrid.*

20 de julio: *El Consejo de Castilla reconoce al rey José.*

19 a 21 de julio: *Las fuerzas españolas del general Castaños derrotan a los franceses de Dupont en Bailén.*

1 de agosto: *La corte del rey José abandona Madrid, que es liberado por las tropas de Castaños.*

17 de agosto: *José I establece su corte en Vitoria, y su cuartel general en Miranda de Ebro.*

Agosto: *Desembarco inglés en Portugal al mando de Wellesley, y ofensiva hacia el interior.*

30 de agosto: *Derrota francesa en Sintra, y repliegue de Junot, que evacua Portugal.*

Noviembre: *Napoleón entra en España y, atravesando Somosierra, llega a Madrid el 4 de diciembre. Victorias francesas y persecución del ejército aliado hacia el noroeste.*

22 de diciembre: *Napoleón marcha hacia el norte. Los ocupantes controlan toda Castilla la Vieja.*

1809

16 de enero: *Tras la batalla de Elviña y la muerte del general Moore, las tropas inglesas embarcan en La Coruña. La Junta Central, formada el 25 de noviembre, centraliza las decisiones políticas y bélicas.*

22 de enero: *José I regresa a Madrid y da comienzo efectivo a su reinado: legislación reformista. Zaragoza y Gerona viven nuevos asedios.*

Abril-mayo: *Recuperación y nuevas ofensivas de los franceses.*

8 de julio: *El* Corso terrestre *viene a completar el* Reglamento de Guerrillas. *Multiplicación de las partidas de guerrilleros en todo el país.*

27 de julio: *Victoria de las fuerzas aliadas en Talavera de la Reina. Reacción francesa.*

19 de noviembre: *Victoria francesa en Ocaña, seguida por las obtenidas en Medina del Campo y Alba de Tormes.*

1810

Enero: *Toda la Península en manos francesas, a excepción de Cádiz, Lisboa y puntos de la costa gallega. Defensa de Torres Vedras.*

26 de enero: *Durante la campaña de Andalucía, ocupación y saqueo de Córdoba.*

29 de enero: *Formación del primer Consejo de Regencia.*

31 de enero: *Disolución de la Junta Central Suprema.*

1 de febrero: *Los franceses entran en Sevilla.*

cas cuando sopla un irresistible vendaval; pero otras constan de varias filas de remos, con lo cual se hace más fácil acercarse al litoral. Llevan de ordinario una o dos piezas de artillería. Los franceses suelen llamarlas *flotilla a la española* cuando aparecen agrupadas.

Se ha subvalorado la acción multiforme de la flota española. Aunque de calidad mediana, los barcos de comercio mantienen abiertas las relaciones con los territorios americanos; intervienen las fragatas al lado de los barcos ingleses en los combates navales; y sobre todo, la *flotilla a la española*, que no se aleja mucho de la costa, hostiga a las tropas imperiales sin que la artillería que lleva a bordo pueda infli-

5 de febrero: *Ocupación de Málaga, tras el fracaso del ataque a Cádiz.*
8 de febrero: *Por decreto napoleónico, Francia se anexiona las regiones situadas al norte del Ebro.*
16 de marzo: *Los franceses ocupan Granada: José I en la Alhambra. Los ocupantes fracasan en su intento por tomar Valencia.*
17 de abril: *El territorio español queda dividido en prefecturas.*
29 de mayo: *Por decreto de Napoleón, Castilla la Vieja pasa a ser administrada de forma autónoma.*
24 de septiembre: *Apertura de las sesiones de Cortes en la Isla de León. Se aprueban la soberanía nacional y la división de poderes.*
Octubre-noviembre: *Las fuerzas de Suchet prosiguen su avance y ocupan Lérida y las comarcas del bajo Ebro.*

1811
Febrero-agosto: *Labor legislativa de las Cortes de Cádiz: abolición de los privilegios e incorporación de los señoríos a la Corona; libertad de imprenta. La guerra en Extremadura: derrota francesa en Albuera. Massena debe retirarse ante la resistencia de Lisboa.*
23 de abril: *José Bonaparte es nombrado en París generalísimo de los ejércitos españoles. Las tropas del general Suchet completan la conquista de Cataluña y ponen sitio a la ciudad de Valencia.*
15 de julio: *José I hace un triunfal regreso a Madrid. Prosigue la labor reformista.*
Noviembre-diciembre: *Crisis económica en todo el territorio peninsular.*

1812
9 de enero: *Las tropas de Suchet consiguen tomar Valencia. Los ejércitos aliados lanzan una ofensiva desde Portugal.*
20 de enero: *Victoria aliada, bajo el mando de Wellesley, en la batalla de Ciudad Rodrigo.*
19 de marzo: *Las Cortes reunidas en Cádiz aprueban y promulgan la Constitución de la Nación española.*
Abri: *Anexión por Francia del territorio de Cataluña.*
22 de julio: *Victoria aliada en Los Arapiles.*
10 de agosto: *José I abandona la amenazada capital y marcha a Valencia.*
12 de agosto: *Las fuerzas aliadas hacen su entrada en Madrid.*
Septiembre-octubre: *Actividad legislativa: supresión del Voto de Santiago e intervención de los bienes de las compañías religiosas disueltas.*
2 de noviembre: *A pesar del fracaso cosechado por Soult frente a Cádiz, los franceses recuperan Madrid, abandonado por las fuerzas aliadas.*
3 de diciembre: *El rey José regresa a la capital.*

1813
Enero: *Ofensiva aliada en Francia.*
15 de febrero: *La corte y el funcionariado se reinstalan en la capital. Ofensiva aliada en las regiones levantinas.*
17 de marzo: *José I abandona de nuevo Madrid e instala su corte en Valladolid.*
Junio-octubre: *Las Cortes deciden la supresión del tribunal del Santo Oficio. Formación del cuarto Consejo de Regencia.*
21 de junio: *Batalla de Vitoria: triunfo aliado y desbandada del ejército francés.*
27 de junio: *José Bonaparte atraviesa la frontera. Soult es nombrado por Napoleón generalísimo de las fuerzas francesas en la Península.*
31 de agosto: *Las tropas del general Soult son derrotadas en San Marcial. Capitulación de Pamplona.*
Septiembre-noviembre: *Las fuerzas de Suchet se ven empujadas hacia Cataluña.*

1814
Enero-febrero: *El hundimiento de las armas francesas en Europa facilita el desenlace final de la guerra en la Península..*
22 de marzo: *El general Suchet recibe a Fernando VII, que regresa de Francia, en la ciudad fronteriza de Figueras.*
18 de abril: *Wellington y Suchet firman el cese final de las hostilidades.*
11 de mayo: *Fernando VII decreta el fin de la vigencia de la Constitución.*
4 de junio: *Evacuación de las fuerzas francesas estacionadas en Figueras. Fin material de la guerra de la Independencia.*

girles pérdidas significativas, porque la precisión de los golpes es pésima y corto el alcance.

En el transcurso del conflicto, el desarrollo de las acciones navales contribuye a la valoración estratégica de varios puntos o sectores, igual que la evolución de las campañas terrestres subraya el interés de tal o cual ciudad: Burgos, Gerona, Salamanca... En cuanto a esa nueva fisonomía de la Península vista desde el mar, a las islas Cíes gallegas, a Santoña y, sobre todo, a Cádiz y a Lisboa se atribuye ahora una importancia creciente.

Estratégicamente más importante todavía que Santoña, Cádiz, cabeza de un intenso comercio transatlántico, fija la atención de los estados mayores imperiales, porque controlar el conjunto constituido por la ciudad y la Isla de León —hoy San Fernando— supone amenazar Gibraltar y el estrecho del mismo nombre.

Después de Trafalgar, se refugió en la bahía gaditana lo que quedaba de la escuadra francesa, o sea cinco navíos de línea y una fragata a las órdenes del almirante Rosily. Luego, esos barcos fueron carenados en el astillero de La Carraca, a expensas del gobierno español, y completadas sus tripulaciones. Son, por tanto, navíos en excelente estado. La presión popular que siguió al estallido de la guerra hispano-francesa en la primavera de 1808 contribuye a desencadenar las hostilidades entre las marinerías de los dos países.

Para impedir la entrada de los barcos franceses en el astillero, los españoles echan a pique, en el canal de acceso, dos barcos viejos, e intiman a la rendición al almirante Rosily el 9 de junio. Después de retrasar mucho el acuerdo, porque espera ser salvado por el ejército francés que se acerca por tierra, Rosily propone desembarcar los cañones y zarpar. Pero los españoles rechazan la propuesta, demasiado ventajosa para el adversario. No bastan los cinco barcos españoles, mal armados, para ganar la batalla que se está preparando. Por ello se instalan baterías en el litoral y se arman quince embarcaciones ligeras.

Al cabo de un primer combate que dura cinco horas, llevan las de ganar los franceses, que han destruido una cañonera y un místico. El día 10, ante el aumento de la potencia de fuego del enemigo, Rosily capitula sin condiciones en cuanto ve aparecer la señal de apertura de combate en lo alto del mástil del *Príncipe de Asturias.* Juan Ruiz de Apodaca acaba de triunfar en la primera batalla naval de esta guerra. La victoria pone en su poder 3.764 prisioneros, seis barcos y 456 cañones. Además de la enorme repercusión que tiene ese acontecimiento —pronto superado por Bailén—, los franceses se ven privados definitivamente de la escuadra imprescindible para controlar el litoral andaluz.

Después de la victoria de Ocaña (noviembre de 1809), Soult, duque de Dalmacia, es encargado de ocupar Andalucía y de apoderarse de Cádiz, a donde precisamente irá a refugiarse la Junta Central obligada a alejarse de Sevilla. En 1810, los franceses consiguen separar a la ciudad del continente, pero Cádiz sigue comunicado por mar con el resto de España, con las colonias americanas y con Inglaterra. Las operaciones militares se desarrollan al mismo tiempo en tierra y sobre las aguas, en la bahía misma. Aquí los españoles equipan muchas barcazas que establecen, lo más cerca posible de las tropas francesas atrincheradas, una especie de línea avanzada a partir de la cual se puede seguir sus desplazamientos y hostigarlas con tiros de artillería.

En la entrada de la bahía han tomado posición unas cañoneras españolas e inglesas que protegen los movimientos de los barcos de comercio. Se van sucediendo operaciones de pequeña envergadura entre Cádiz y la punta de Tarifa. Por su parte los franceses se afanan por aumentar el número de embarcaciones disponibles, requisando algunas y fabricando otras, después de haberse abastecido de madera en los bosques vecinos. En octubre de 1810, esperan penetrar en la bahía gaditana con 18 cañoneras, un galeote y 12 pequeños barcos de transporte.

La guerrilla y la contra-guerrilla

En 1811, mientras que Cádiz es más que nunca el corazón político de España, y la Isla de León su escudo, la bahía sigue cubriéndose de barcos cada vez mejor armados. Se cuentan hasta 200. El desequilibrio de las fuerzas crece en detrimento de los franceses, que pronto tendrán que abando-

nar Andalucía sin haber llegado nunca a hacerse dueños de Cádiz ni de su bahía.

— Las cuadrillas

Una circunstancia digna de notarse —comenta el general Leopold Sigisbert Hugo en sus *Memorias*— *y que confiere a la guerra de invasión en España un rasgo muy peculiar es que, al igual que la guerra de la Vendée, es una guerra esencialmente popular (...). Mientras que en Bayona, los grandes y los nobles de la monarquía española, olvidando el juramento de fidelidad que habían prestado en favor de Fernando, tributan homenaje al rey José (satisfechos, por lo menos, de que las virtudes del nuevo monarca pudieran servir de paliativo a su traición), unos pobres labradores, unos artesanos desconocidos, que ni habían recibido favores de los Borbones (...) se armaban para defender unos principios que sólo conocían quizá a través de las vejaciones de los ministros, pero en los que habían depositado su fe.*

A continuación cita el autor, entre esos *humildes* individuos luego famosos, a Mina, *—pobre vecino de un pueblecito de Navarra—*, al *Empecinado*, al *Pastor*, al *Cura*, al *Médico*, al *Abuelo*, al *Manco*, a *Chaleco*, a *Calzones*...

Se advierte de paso una de las especifidades de la guerrilla española: como si se personalizara la lucha, se dan a conocer las partidas de guerrilleros, pocas veces a través del nombre verdadero de su cabecilla —es el caso de las partidas de Palarea, de Romeu, del cura Merino—, y más a menudo a través de un apodo que alude a un rasgo físico, a un detalle del vestuario o a un origen social.

Esos apodos no significan ninguna tendencia a la irrisión; más bien señalan unos lazos de estrecha familiaridad entre el jefe y sus subordinados, sin merma para la necesaria estabilidad jerárquica. Observó con razón el general Hugo que los nombres ilustres de la nobleza española no aparecían entre los cabecillas, pero no hay que olvidar que esos aristócratas están más inclinados a servir en el ejército regular. Además, no todos los cabecillas son zapateros o pastores. Pero sí es cierto que unos individuos de humilde estirpe se imponen por su intrepidez o su autoridad natural, mientras que otros llegan al mismo resultado



El guerrillero Espoz y Mina (litografía de Legrand, arriba). Juan Martín, *el Empecinado* (por Goya, Museo del Ejército, abajo)



por su alto rango social o su fortuna.

Ese sería el caso de *el Médico* y de *el Capuchino*. Los cabecillas, por otra parte, están a tono con los hombres que han reclutado, entre los que ciudadanos honrados se codean con individuos despreciables. El caudillo navarro Espoz y Mina tiene que resignarse, para aumentar el efectivo de su tropa, a aceptar los servicios de reos, vagabundos, desertores del ejército español y tránsfugas de las tropas extranjeras integradas en el ejército imperial: suizos, alemanes, polacos e italianos.

La amenaza de anarquía —desobediencia, pillaje, desmanes cometidos con la población civil— obliga a los cabecillas a imponer castigos. En varias partidas se fusila a los culpables, mientras que los espías y traidores se exponen a mutilaciones infamantes; de allí la expresión *coupe-oreilles* —corta orejas— que los franceses aplican a veces a los guerrilleros navarros. Pero esos castigos ejemplares no bastan para impedir que la guerrilla sufra desviaciones y linde a veces con el bandolerismo.

Esa degradación proporciona a los franceses argumentos para asimilar a los resistentes con meros bandidos. Pero el empleo convencional, y en cierta medida impuesto, de los términos *bandidos* o *forajidos,* mediante los cuales las autoridades y los militares franceses niegan a los rebeldes la digna cualidad de soldados o combatientes, parecerá menos probatorio que ciertas acusaciones precisas y mordaces, formuladas en el campo mismo de los *patriotas*.

Los guerrilleros recurren con frecuencia a requisas o cobran impuestos excepcionales. Interesaría saber en cuántos lugares y ocasiones esas expoliaciones caen sobre los ciudadanos más acaudalados, como para dar la razón al general Caffarelli, cuando escribe al general Berthier *Es, propiamente dicho, ¡la guerra de los pobres contra los ricos!* Para que tuviera validez esta acusación, sería preciso llegar a saber de cuántas fincas, casas y otros bienes se han adueñado los guerrilleros, o cuántos cabecillas se han enriquecido de manera duradera. Porque las expoliaciones y las requisas por razones de guerra no son idénticas a meras apropiaciones. No hay que olvidar que, en muchos casos, el sentimiento religioso y la constatación de que los ricos, en los pueblos y en el campo, luchan en principio a favor de la misma causa patriótica, han de frenar a los cabecillas, quizá dispuestos a abrir alguna *guerra social*.

El viejo término *cruzada,* movilizador de energías, vulve a surgir para aplicarse a una lucha emprendida para defender la religión amenazada por los franceses heréticos. Como precisa el reglamento, el nuncio patrocinará la *cruzada*. Aunque los objetivos de las *cruzadas* son militares, comandantes y oficiales serán eclesiásticos que se creen aptos para desempeñar esas funciones. Se preserva la autonomía de las *cruzadas,* porque el jefe de cada una, en lugar de ser nombrado por las autoridades militares o civiles, lo es por una junta en la que coexisten eclesiásticos y civiles. El signo distintivo de los *cruzados* es, naturalmente, la cruz que figura sobre las banderas y el pecho de los combatientes. Los *cruzados* pueden recibir gracias e indulgencias, y también algunos socorros que no son exactamente equiparables a sueldos.

Otras partidas están constituidas exclusivamente por ex contrabandistas: son *strictu sensu* las cuadrillas, término que los franceses traducen por *quadrilles,* pero que aplican con impropiedad a cualquier forma de partida de guerrilleros. El reglamento de diciembre de 1808, creador de las cuadrillas, da la divertida impresión de alabar a estos malhechores —teóricamente arrepentidos—, *sujetos intrépidos y de distinguido mérito,* que llegaron a causar perjuicios a la hacienda real ¡por no haber encontrado un objetivo que les permitiera desplegar los talentos militares con los cuales les agració la Naturaleza! Estos forajidos, así indultados, merecen atenciones y premios: para compensar la pérdida financiera que supone el abandono de una actividad lucrativa, si se presentan con caballos y armas al alistarse, se les pagarán unos y otros, y si conservan todavía mercancías, se les comprarán a precios ventajosos.

En Cataluña, unos individuos más recomendables que esos *cuadrilleros* —contrabandistas, desertores y reos evadidos— se oponen a los soldados de Napoleón: son los miqueletes y los somatenes. Aquéllos no son, en rigor, guerrilleros porque, alistados por sorteo, quedan sobre las armas, constituyendo tercios de mil hombres cada uno; además, reciben sueldo y uniforme.

Los catalanes que no sirven en el

ejército regular ni en los tercios de miqueletes están sometidos a la obligación de incorporarse, sea en una *compañía de honor,* sea en un somatén. Este término, que pertenece al idioma catalán y designaba antaño un toque de rebato, se aplica indistintamente al cuerpo entero y al individuo que forma parte de él. En el reglamento del 20 de febrero de 1809, se define al somatén como una fuerza de reserva. Los somatenes cogen el fusil cuando les llaman a ello los responsables militares o civiles. Están destinados a respaldar, durante cierto tiempo, al ejército regular. En los días festivos, se ejercitan en el manejo de las armas bajo la dirección de un soldado jubilado. Al contrario que los cuadrilleros, no pueden enriquecerse, sino sólo recibir premios honoríficos. Por ello, no existe con relación a ellos ninguna mención del botín, ni de la manera codificada de repartirlo.

— *La brivalla*

La lucha contra la guerrilla sobre el terreno, y no bajo sus formas derivadas —terrorismo, represalias—, consiste en una sucesión ilimitada de carreras en pos de los inaccesibles combatientes, de emboscadas y de pequeños enfrentamientos que provocan un incesante desgaste de los efectivos.

La manera más radical de oponerse a la guerrilla es luchar contra ella con sus propias armas, y lanzar contra los *bandidos,* no unos jinetes demasiado dependientes de su montura o unos cuerpos de infantería demasiado lentos de movimientos, sino otros guerrilleros tan diestros y resueltos como los primeros y, en lo posible, apoyados por la población. Pero ya se ve que la constitución de guerrillas profrancesas en España resulta punto menos que imposible. Con todo, en Cataluña los generales Lamarque y Mathieu decidieron valerse de la partida del tan famoso como siniestro Pujol, alias *Boquica.* Este hallaría en el francés Jacques Arago un biógrafo secretamente fascinado:

La tropa de Pujol estaba compuesta de catalanes, andaluces, vascos, mallorquines, expulsados de su tierra, perseguidos en su vivienda clandestina por robos o asesinatos. Todos o casi todos llevaban sobre el cuerpo la huella de una condena envilecedora; todos o casi todos habían vivido en presidios y calabozos, o habían escapado a gendarmes y corregidores poco diestros para vigilarlos.

La tropa de *Boquica,* llamada en el país la *brivalla,* se compone de compañías de 70 a 90 hombres. Descreído, Pujol aborrece especialmente a los eclesiásticos, que son sus víctimas favoritas. Gozando de una total impunidad, los hombres de *Boquica* implantan el reinado del terror en Cataluña, por preocuparles más coger botines, que perseguir a los guerrilleros *rebeldes.*

El pavor y el odio que suscitó Pujol llegaron a tal grado que en la imaginación colectiva popular fue convirtiéndose en un monstruo sanguinario. En realidad, fuera de sus escandalosas operaciones de bandolerismo, la *brivalla* respaldó útilmente, en varias circunstancias, al ejército imperial. Naturalmente, cuando éste abandona Cataluña, Pujol solo puede hallar la salvación en el exilio. Después de una temporada en Perpiñán, los franceses lo entregan a las autoridades españolas de Figueras. Estas se apresuran entonces a agarrotarlo y, luego, a hacer colgar su cuerpo de la horca.

Bibliografía

Aspectos militares —Duhesme, Vaughan, Maria Ric et Contreras, *Mémoires,* Michaud, París, 1823. Gates, David, *La úlcera española. Historia de la Guerra de la Independencia,* Cátedra, Madrid, 1987. Hernández Girbal, F., *Juan Martín el Empecinado,* ed. Lira, Madrid, 1985. Iribarren, José María, *Espoz y Mina, el guerrillero,* Aguilar, Madrid, 1965.

General —Lovett, Gabriel, *La Guerra de la Independencia y el nacimiento de la España contemporánea* (2 vol.), Península, Barcelona, 1975. Martínez-Valverde, Carlos, *La Marina en la Guerra de la Independencia,* Editora Nacional, Madrid, 1974. Montón, Juan Carlos, *La revolución armada del Dos de Mayo en Madrid,* Istmo, Madrid, 1983. Priego López, Juan, *Guerra de la Independencia (1808-1814),* 5 vol., Servicio Histórico Militar, Madrid, 1972-1981. Rudorff, Raymond, *Los sitios de Zaragoza (1808-1809),* Grijalbo, Barcelona, 1977. Sarramon, Jean, *La bataille des Arapiles (22 juillet 1812),* Université de Toulouse-Le Mirail, 1978.

... «*Muchos de los jóvenes conductores que conozco piensan que conducir es un acto visceral y competitivo en donde prima la temeridad. ¡Qué equivocados están los que así juzgan! pues al margen de la competición deportiva, la conducción es un acto responsable que va más allá del puro divertimento, en donde son necesarias grandes dosis de atención y sentido común para prevenir el accidente... Cuando conducía en el circuito siempre rezaba por llegar sano al final, y ahora que, exclusivamente, circulo en carretera rezo por volver a ver a mi familia, a mis amigos, en fin... a los que me puedan echar de menos*»... (J. M. Fangio, cinco veces campeón del mundo.)



Entre las causas de accidentes imputables al factor humano la velocidad tiene una gran trascendencia, hasta el punto de ostentar el triste privilegio de ocupar el primer lugar entre las causas de los accidentes de circulación en carretera. Más del 30% de los accidentes de circulación ocurridos en carretera es debido a comportamientos incorrectos del conductor por no adecuar o ajustar la velocidad a las circunstancias de cada momento, es decir, por circular a velocidad inadecuada o peligrosa, o por sobrepasar los límites establecidos.

Los jóvenes deben saber que los riesgos de accidente crecen con el incremento paulatino de la velocidad, porque a mayor velocidad, se van reduciendo las capacidades de respuesta, al propio tiempo que van creciendo las exigencias. A mayor velocidad, mayor será la distancia de frenado y mayor la distancia de separación o intervalo de seguridad, es decir, el aumento de velocidad siempre llevará consigo un incremento de los riesgos.



